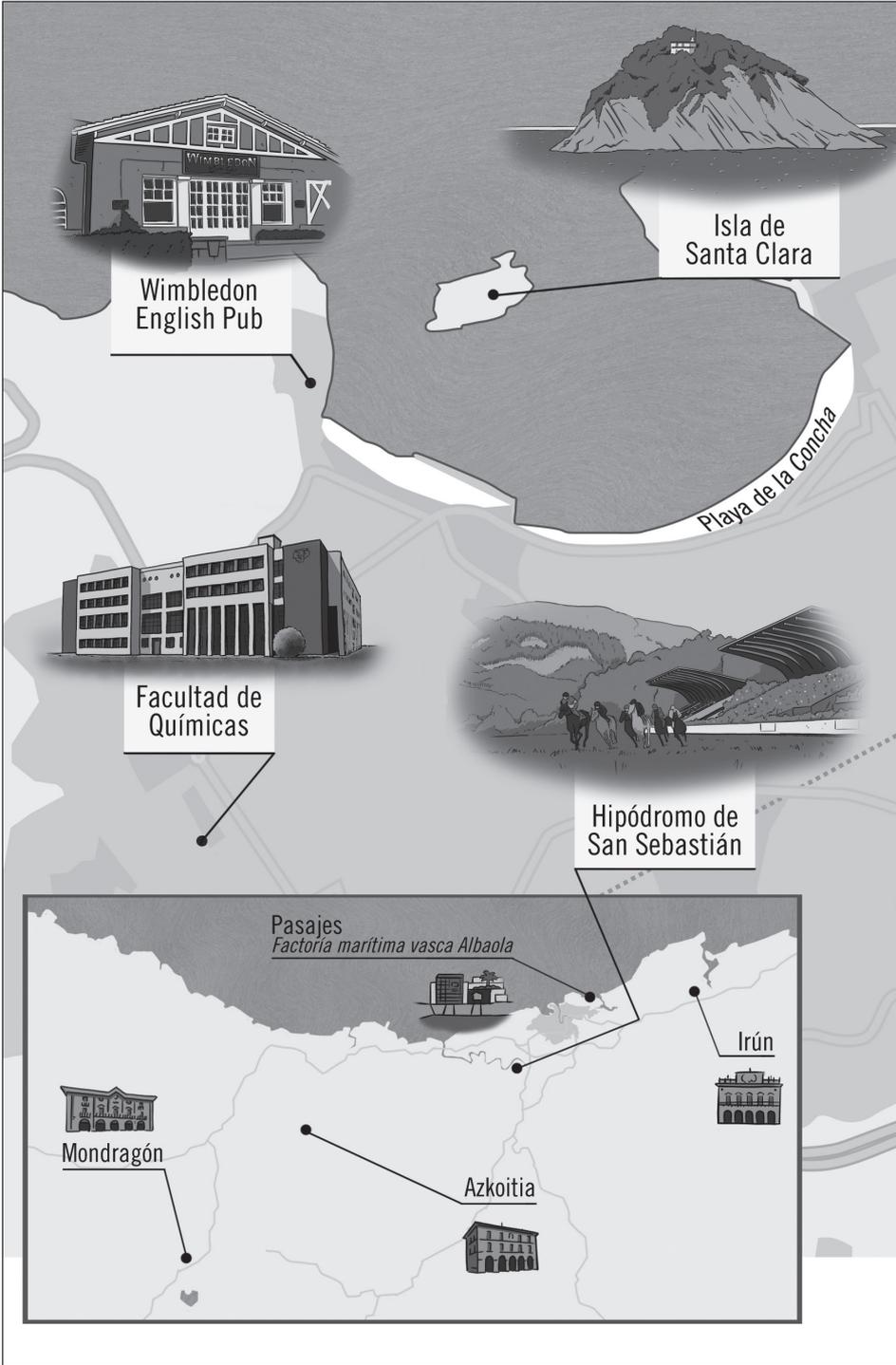


RICARDO ALÍA

**EL SALTO
DEL
CABALLO**



MAEVA



Donostia San Sebastián



Cementerio
de Polloe



Centro cultural
Koldo Mitxelena



Hospital
Universitario
Donostia

«Algunos dijeron que se le podía ver, como un gran jinete negro, una sombra oscura bajo la luna.»

El Señor de los Anillos
JRR Tolkien

«Es muy difícil conseguir uno vivo. Lecter es tan lúcido, tan perceptivo..., tiene conocimientos de psiquiatría... y es un asesino múltiple.»

El dragón rojo
Thomas Harris

«No confundas, jinete, el galopar del caballo con los latidos de tu propio corazón.»

Proverbio chino

Glosario

Agur: adiós.

Aita: padre, papá.

Aitona: abuelo.

Ama: madre, mamá.

Arrantzale: pescador.

Aurrera: adelante.

Bai: sí.

Cipayo: mercenario, término despectivo para referirse a los agentes de la Ertzaintza.

Egun on: buenos días.

Ez: no.

Ezkerrik asko: muchas gracias.

Goazen: vamos.

Gudari: guerrero, soldado del ejército vasco en la Guerra Civil española.

Kaixo: hola.

Lauburu: cuatro cabezas. Símbolo de una cruz con brazos curvos.

Olentzero: personaje navarro de la tradición navideña vasca. Se trata de un carbonero mitológico que trae los regalos el día de Navidad en los hogares del País Vasco.

Oso ondo: muy bien.

Pottoka: poni vasco de raza *pottoka*, habitante del País Vasco desde el Paleolítico.

Txipironera: embarcación pequeña, generalmente destinada a la pesca aunque también se utiliza como embarcación de recreo. Su nombre proviene de las barcas que salen a pescar *txipirones* de madrugada.

Zutabe: Pilar, nombre del boletín interno de ETA.

NOTA DEL AUTOR

Todo lo que sucede en esta novela es ficticio, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Sin embargo, he intentado que los personajes estén rodeados de noticias y hechos reales. Me he tomado ciertas libertades con la descripción de calles, establecimientos y edificios, pero he tratado de ser fiel con aquellas localidades guipuzcoanas que conocí en mi periplo de ajedrecista; les pido que sean benévolos, la mente a veces nos juega malas pasadas.

Solo me queda desearles una excelente lectura.

R. A.

Prólogo

San Sebastián

Martes, 10 de diciembre de 2013

El cuerpo yacía boca arriba con los ojos cerrados bajo la solitaria luz del plafón. Tenía el rostro contraído en una mueca de dolor, la boca abierta de forma grotesca y las arrugas en el cuello y la frente evidenciaban que la muerte se había producido con sufrimiento y había eliminado todo rastro de vitalidad.

El inspector caminaba alrededor de la víctima. Le calculó más de cincuenta años. La piel oscura y curtida, con la marca clara de las gafas de sol, acreditaba fines de semana en la nieve. Los brazos estaban extendidos como si fuese un Cristo sin cruz. En la cabeza, en vez de una corona de espinas, había una jeringuilla clavada justo en medio de la frente. El cadáver presentaba dos orificios de bala, por donde la sangre había salido y empapado parte de la chaqueta del chándal, pero no se veían heridas de arma blanca ni regueros de sangre recorrían su cuerpo como el de Jesús. Las palmas de las manos no estaban abiertas sino agarrotadas, aferrando un puñado de billetes arrugados. Decenas de billetes de cien y de cincuenta euros estaban esparcidos encima del hombre, como si alguien hubiese vaciado sobre él una bolsa llena de dinero.

—¿Qué opinas? —preguntó Max.

El agente de la Científica estaba acuclillado al lado del cadáver, observando de primera mano el rostro inerte. Se acercó más a la cara, como si tuviese un radar en lugar de dos ojos y quisiese escanear el cerebro. Tras unos segundos en silencio, inmóvil, se puso de pie con un suspiro. Se pasó la mano moteada de

pecas por el mentón. Un gesto característico de que analizaba y deducía a toda velocidad.

—Dos disparos, uno en el corazón y otro en el pecho. Pinta a calibre Parabellum 38. El émbolo de la jeringuilla está metido, así que es posible que lo anestesiaran antes de pegarle los dos tiros —explicó Joshua.

Lo había encontrado la ayudante del dentista, una mujer joven, de unos treinta años, que no paraba de sollozar. Max no descartaba que el médico tuviese una aventura con ella, a juzgar por cómo esta se había tomado su muerte. Había descubierto el cuerpo a las ocho de la mañana, cuando abría la clínica, y dos horas después el llanto iba en aumento. Los lamentos llegaban a borbotones desde la habitación contigua, donde un ertzaina experto en familiares afectados intentaba consolar a la mujer, al parecer en balde.

—El calibre que usaba ETA. Mierda —protestó Max.

Estaba de mal humor. Los crímenes a finales de año no eran buena señal, siempre predecían años complicados, y aquel asesinato no parecía fruto de un robo frustrado ni de un crimen pasional y, por supuesto, tampoco era fortuito, más bien premeditado y vengativo. Además, sentía la inminencia de la paternidad como una soga al cuello: a Cristina le faltaban solo seis semanas para dar a luz y le exigía que le dedicase más tiempo, así que cada día que pasaba la soga se tensaba. Por si fuera poco, el ginecólogo insistía en que Damián estaba mal colocado y que la madre debía guardar reposo, algo que a ella le costaba mucho cumplir, lo cual enfurecía a Max lo indecible.

—Espero que sea solo una coincidencia —añadió.

—Ojalá.

—Parece que sufrió antes de morir.

No podía dejar de mirar el rostro retorcido de dolor. Los nudillos eran otra señal evidente de padecimiento, revelaban la fuerza con que había aferrado los billetes. ¿Tortura?

—Habrás que esperar a ver qué opinan tus dos amigos forenses —dijo Joshua.

—Pues si eso es todo, vámonos, no soporto el olor a alcohol, me recuerda a los laboratorios de la Facultad de Químicas.

—Ya, a mí tampoco me gusta. De pequeño tenía pánico a los dentistas, una vez me sacaron una muela a trozos...

—¿A trozos?

—Sí, era tan grande y estaba tan incrustada, que el dentista le pidió a mi madre que le ayudara. Dijo que tenía muelas de caballo. Entre los dos tiraron, pero la condenada muela no salía, así que el maldito dentista optó por partírmela dentro de la boca y sacarla a pedazos.

—Joder.

—Sí, recuerdo a mi madre tirando del doctor y este del fórceps y yo tirando en dirección contraria..., pero también recuerdo el helado que me comí después. Eso sí, el agujero que me dejó la muela en la boca aún perdura, puedo tocarlo con la punta de la lengua.

—Joder, no seas desagradable.

El inspector ya se dirigía a la puerta.

—¿Desagradable? Pues espera al parto, como sea natural verás, si te da asco la sangre fresca, te recomiendo que no asistas.

Max se formó una imagen mental. Cristina tumbada en una camilla, con una sábana cubriendo su cuerpo y una cosa chiquita, peluda y amoratada, empapada en sangre, asomando por su vagina. Sí, mejor no presenciarlo, una cosa era descubrir un cadáver con la sangre reseca y otra bien distinta ver una hemorragia en directo. No había color.

—Espera. Aún te falta algo —dijo Joshua, agarrando a Max por el brazo.

—¿Cómo?

—Te falta un elemento más de la escena del crimen, uno que, cuando menos, es inquietante.

—Joshua, no jodas, dispara.

—Como dijo Napoleón, en la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca. —Condujo al inspector hasta la lámpara cialítica que se extendía como las patas de una araña por

encima del sillón dental—. Cuidado, no toques nada. Mira debajo, en el foco.

La lámpara estaba girada y parecía apuntar al cadáver.

—Mierda, ¿qué es esto? —dijo Max. Posicionó la cabeza bajo el foco, donde distinguió unas letras escritas en el cristal.

Joshua apagó la luz del plafón. Los rayos de un sol timorato iluminaron tenuemente la estancia a través de la única ventana de la sala. El agente se acercó al sillón, desplazó a un lado el portainstrumentos y bordeó la lámpara, cuidándose muy bien de no tocarla. Aparte de que no quería contaminar la escena del crimen, aquellos artefactos le daban repelús: cuando su potente foco iluminaba la cara del paciente no había vuelta atrás, era cuando surgían el rostro enmascarado del dentista y el dolor.

—Lo descubrió la ayudante. Me contó que es muy meticulosa y que siempre lo deja todo en orden antes de irse a casa. La lámpara era lo único que no estaba en su sitio.

Pulsó un interruptor situado detrás de la lámpara *maligna* y el foco led cobró vida. La luz incidió sobre el cadáver del suelo. Aunque a través del foco las letras se proyectaban invertidas, Max pudo leer sin dificultad la palabra que iluminaba el cuerpo del médico.

RECONOCER

La caligrafía era imprecisa, casi infantil; las letras, rojas.

—Creo que el asesino quiso dejarnos un mensaje con la sangre de su víctima —dijo Joshua.

Reconocer.

FALADA

Viernes 10 de enero de 2014

A pesar de que en el exterior el termómetro indicaba una temperatura por debajo de los cero grados, le sobraba al menos una manta. Estaba empapada en sudor, y eso que la calefacción estaba al mínimo. Cristina Suárez se revolvió inquieta en la cama. A su lado, Max roncaba a pierna suelta. En cambio, ella llevaba prácticamente toda la noche despierta. ¿Quién decía que estar embarazada era una sensación fantástica? Los primeros meses los había sorteado con solvencia, pero estas últimas semanas estaban siendo endiabladas. Dificultad para conciliar el sueño, dolor de espalda, pies hinchados, cambios de humor. Salía de cuentas en veinte días. El ginecólogo insistía en que debía guardar reposo, pero ya estaba más que harta de permanecer el día entero en casa. Además, las noches se le hacían interminables, siempre boca arriba, con la barriga cada vez más abultada. ¿Qué hora sería? No tenía ningún reloj a mano, pero debían de ser más de las seis de la mañana. Hacía un rato había oído al vecino cerrar la puerta de casa, solía salir sobre las cinco y media para ir a trabajar a una fábrica de coches. Carraspeó molesta. Girarse era una odisea que no le apetecía afrontar. Max gruñó, se cubrió con el edredón y le dio la espalda. Cristina miró hacia el techo. Dormían con las persianas bajadas y las cortinas echadas y, dado que era invierno, el sol tardaba en salir, si es que salía, así que la habitación estaba a oscuras. Ni siquiera podía leer, no porque a Max le molestase la luz, estaba acostumbrado al *loft*, sino porque la novela en que se hallaba inmersa era una basura; trataba de

una madre separada, alcohólica, y cuyo único afán en la vida era conseguir una botella de vino. ¿Qué tipo de autor era capaz de escribir semejante bazofia, qué tipo de editor era capaz de publicarla y qué tipo de lector era capaz de comprarla? Según su madre, el mundo era tan grande que había cabida para todos; no le faltaba razón. Se acordó de Virginia, ¿dónde y con quién viviría? Debía recordarle a Max que se ocupase de ella, tal como le había prometido. Oyó el ruido del frigorífico. Pronto oiría también al camión de la basura vaciando el contenedor de vidrio. Suspiró. No le quedaban fuerzas para seguir imaginando cómo sería su vida con mucho dinero y viviendo en un país tropical, y contar ovejas nunca le había funcionado. Estaba a punto de levantarse cuando sonó un timbre. Una luz se encendió en el lado de Max, acompañada de una vibración y una música estridente. Le dio un codazo y él gruñó molesto a la vez que abría un ojo.

—¿Qué pasa?

—Tu móvil, está sonando.

Max se sentó en la cama arrastrando medio edredón y despertando a Cristina. Se pasó una mano por el rostro sin afeitarse antes de alcanzar el teléfono de la mesilla.

—Diga... ¿Cómo?... ¡Joder! Voy enseguida... No lo sé, media hora... Vale, adiós.

—¿Quién era?

Max se volvió hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Un incendio...

—¿Y por qué tienes que ir tú?

—Hay un hombre muerto.

El aula magna de la Facultad de Ciencias Químicas de San Sebastián estaba abarrotada, aunque no todos pertenecían a la propia facultad. Leire Aizpurúa consiguió hacerse un hueco entre periodistas, biólogos, químicos, profesores, estudiantes y curiosos que se agolpaban frente a la mesa alargada y serpenteaban por la estancia hasta salir por las dos puertas abiertas que daban acceso

a la sala. Tras la mesa se encontraban sentadas tres personas: un hombre y dos mujeres, una a cada lado del primero. La mujer de la derecha era mayor que la de la izquierda, y el hombre era suficientemente viejo como para ser el abuelo de ambas. Tres generaciones frente a un auditorio. Sobre la mesa se distribuían ejemplares del mismo libro en diversos ángulos, de tal manera que la gente que inundaba el aula pudiese ver la cubierta, el título y el nombre del autor. «La terapia del nuevo milenio», se leía en grandes letras negras; debajo, Oliver Lezeta; de fondo, sobre un rojo débil, el dibujo de una doble hélice de ADN que giraba alrededor de un Hombre de Vitruvio. El anciano golpeó con los dedos el micrófono que tenía delante. El sonido del golpeteo crepitó por los altavoces. Sacó el micrófono de su base y se lo ofreció a la mujer de la derecha.

Leire no prestó atención a la presentación del libro, estaba más ocupada en conseguir un buen ángulo para ver más de cerca al hombre. Ocupar un asiento lo daba por imposible. Conocía bien al autor. Fue su profesor de Termodinámica durante dos cursos. Cascarrabias y gruñón, como todos los catedráticos a punto de jubilarse. Llevaba seis años sin verlo, y lo notó más viejo si cabía. Poco pelo, rostro arrugado, manos manchadas; en cierta manera le recordaba al *aitona*. Cuando volvió a poner en marcha el pabellón auditivo, los escasos periodistas que cubrían el evento habían empezado ya con el turno de preguntas.

—¿Cree que es posible curar el cáncer con la terapia génica?
—preguntó una periodista que se identificó como redactora de *El Diario Vasco*.

—Así lo afirmo en mi libro —respondió Oliver.

Leire enseguida percibió el nerviosismo del viejo catedrático. A pesar de sus años de profesor al frente de un alumnado muchas veces desconcentrado y ruidoso, se notaba que no estaba acostumbrado a las presentaciones en las cuales él era el protagonista y el único que contestaba a las preguntas. Resultaba diametralmente opuesto preguntar que responder.

—¿Puede extender la respuesta? —insistió la periodista.

Oliver se revolvió inquieto en la silla. La mujer mayor, que había hecho la presentación, le dijo algo al oído. Leire estaba segura de que las palabras habían ido acompañadas de una caricia en la pierna por debajo de la mesa. Al menos a ella le funcionaba cuando quería infundir ánimos a un familiar.

—Estamos muy cerca de lograrlo —dijo Oliver—. Solo es necesario intervenir el gen defectuoso que causa el cáncer o los virus que contribuyen al desarrollo de estas células.

—¿Y las controversias en el ámbito científico? —preguntó la misma periodista.

—¿A qué controversias se refiere?

—No todos los investigadores están a favor de aplicar la terapia génica en humanos.

Los asistentes contemplaban a los dos interlocutores como si de un partido de tenis se tratase, girando la cabeza a un lado y a otro. Leire alargó el cuello para ver mejor a la periodista. Rubia, melena hasta los hombros, alta, flaca, con gafitas. Tenía el rostro crispado, parecía que se tomaba el asunto como algo personal y no se la veía dispuesta a dejar que otro periodista realizase preguntas.

—En septiembre de 1990 se aprobó el primer protocolo en clínica humana —arguyó Oliver—. Desde entonces se han aprobado más de cuatrocientos protocolos que han incluido a más de cuatro mil pacientes en todo el mundo. Entre la comunidad científica siempre ha habido disparidad de opiniones, y de ellas han surgido grandes aciertos. La terapia génica está aún en fase experimental y, por lo tanto, sometida a un amplio debate científico y social.

—Entonces usted está a favor de su empleo en humanos.

—Siempre bajo el rigor científico, técnico y ético que exige cualquier innovación conceptual. Y aplicando los debidos protocolos...

—¿De verdad que no ve ningún problema? —preguntó incrédula.

El rostro del catedrático dibujó una leve sonrisa. Parecía que el rifirrafe con la periodista había eliminado cualquier atisbo de duda o nerviosismo.

–Le reconozco que es necesario disponer de un vector viral adecuado para introducir el gen terapéutico en humanos...

–¿Como en el caso de Gelsinger?

Un murmullo de desaprobación recorrió el aula. Leire se preguntó quién sería esa persona que ella no conocía.

–No es un ejemplo adecuado. Sustituyó a otro paciente y no se le hicieron las pruebas necesarias. Falló el protocolo.

–¿A los monos muertos tampoco se les hicieron pruebas?

–Es fundamental hallar las vías de administración óptimas para alcanzar las áreas cerebrales –respondió Oliver.

A Leire le dio la impresión de que el profesor se salía por la tangente.

–Y el caso de los niños *burbuja* de Francia, ¿lo considera un riesgo asumible?

–Bueno...

La mujer joven, que hasta ahora no era más que una estatua, lo detuvo con un gesto de la mano. Tenía la cara demudada de angustia. Le pasó un móvil. El catedrático frunció el ceño antes de atender la llamada. Cuando colgó era otro. Se levantó como si tuviese un peso de treinta kilos sobre la espalda y con andar cansino se dirigió a la puerta. Los asistentes le abrieron paso asombrados. Las dos mujeres intercambiaron unas palabras en susurros. Un murmullo se elevó por el aula. La mujer mayor tomó el mando de la situación y alcanzó el micrófono, abandonado sobre la mesa.

–El señor Oliver Lezeta ha recibido una pésima noticia y debe ausentarse de inmediato –dijo con la voz a punto de quebrarse–. Lamentamos lo sucedido. Suspendemos la presentación hasta...

–¿Qué noticia? –preguntó la periodista.

La mujer pareció reflexionar.

–Un familiar muy cercano ha fallecido.

–Vamos, no me venga con esas... –intentó protestar la periodista.

–Su hermano, mi tío, ha sufrido un accidente esta mañana –replicó la mujer joven con ojos llorosos.

Algunos dejaron escapar un grito ahogado. Leire miró hacia la puerta. El viejo catedrático había desaparecido.

Max Medina se paseaba inquieto por el piso sin fijarse en nada en concreto. Las mañanas eran detestables, y más cuando le tocaba madrugar. Y aquella mañana en especial estaba siendo nefasta, al madrugón y al frío extremo se le unió la pesada tarea de quitar la nieve que cubría el Mustang. Para colmo, cuando acabó el cupé se había negado a arrancar. Tuvo que subir de nuevo a casa, despertar a Cristina y pedirle su coche. Por fortuna, el Seat Ibiza arrancó a la primera. Pero el tráfico era denso y la nieve que se amontonaba a ambos lados de la carretera formaba un murete de casi medio metro. Tardó más de una hora en llegar al piso donde había tenido lugar el incendio y por el que ahora arrastraba los pies.

—¿Max? ¿Dónde estás? —lo llamó Joshua.

¿Dónde estaba? ¿En la habitación de invitados? Se dirigió al lugar de donde provenía la voz de su amigo y compañero de trabajo. El salón.

Toda la casa había quedado impregnada de un intenso olor a quemado aunque solo el salón se había visto afectado, gracias al vecino de arriba, que se había asomado con la fresca a fumar un cigarrillo al balcón y a las tres caladas intuyó que aquel olor a chamusquina no podía provenir de su tabaco. Cuando vio el humo negro que salía por el balcón del piso de abajo corrió a llamar a los bomberos. El fuego había abrasado casi toda la estancia y se abrió paso por el pasillo al resto de la casa cuando se topó con la primera manguera de agua.

—¿Qué opinas? —preguntó Max al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta.

Un cuerpo yacía de lado en el centro del salón, mirando hacia lo que quedaba de sofá, que era de cuero y había ardidido rápidamente. A pesar de que las puertas que daban al balcón permanecían abiertas de par en par, el hedor a carne quemada no había desaparecido.

—Está claro, ¿no?

Joshua llevaba una mascarilla. Max había rehusado utilizarla.

—Ni accidente ni suicidio, ¿verdad?

—En un accidente no es normal encontrar un cuerpo en el origen del incendio. En un incendio, el principal y primer peligro es la falta de oxígeno, lo que se da por el aire viciado de humo, no por las llamas. Se muere antes por asfixia que por quemaduras. Lo habitual es que el cuerpo aparezca en algún sitio cercano a una ventana o a una puerta. Es extraño suicidarse prendiendo fuego a la casa y quedarse en medio del salón para ser abrasado por las llamas. Ni drogado ni borracho es factible. Solo una falta de consciencia lo explicaría.

—Ya. —Fue lo único que se le ocurrió decir a Max. En estos casos que olían a complicaciones y se enquistaban en el tiempo era cuando echaba más de menos a Erika, la compañera a la que había maldecido hacía dos años cuando el comisario se la impuso entre amenazas veladas y que ahora tanto añoraba. Después del caso de los dos psicópatas del sótano le habían concedido un año de excedencia para que se recuperara del horror sufrido durante su cautiverio.

—Es por aquí —dijo una voz al fondo.

Un par de camilleros acompañados por Asier, uniformado de ertzaina, asomaron bajo el dintel.

—Pueden retirar el cuerpo —confirmó Joshua.

Eran los últimos, toda la ristra de personajes que llevaba implícita la aparición de un cadáver ya se había personado. Ahora faltaba el traslado de la víctima al laboratorio forense para la autopsia. Después vendría el informe y, si nadie objetaba lo contrario, el hombre ya podría descansar bajo tierra o ser incinerado.

Tanto el agente de la Científica como el inspector del Departamento de Homicidios contemplaron en silencio la operación. Sábana sobre el cadáver. Camilla al suelo. Cadáver sobre la camilla. Camilla al aire.

—Si el causante del incendio dejó huellas en el salón, serán difíciles de encontrar —dijo Joshua en cuanto los camilleros desaparecieron por la puerta.

Asier se había quedado con ellos. Max pensó que tal vez solicitase al comisario que el ertzaina lo acompañase en algunos interrogatorios. Cuando sustituyó a Erika, cumplió con creces su cometido. Se había ganado un merecido ascenso.

—El fuego elimina pruebas —insistió Joshua—, pero no es infalible, todo deja pistas, solo hay que saber dónde buscar y qué buscar.

Joshua O'Neill conocía las dificultades a las que se enfrentaba un homicida. El mayor problema no era matar sino hacer desaparecer el cuerpo. Sin cuerpo no había delito. Los medios empleados para ello iban desde la incineración al descuartizamiento, la inhumación, el hundimiento en el agua con ayuda de pesos, la utilización de ácidos o sustancias desintegradoras, exponer a la víctima a animales carroñeros o su abandono en lugares aislados: simas, cuevas, acantilados... Pero el asesino olvidaba que el cuerpo humano era muy terco y acababa por aparecer tarde o temprano. Los criminales más avezados, que sabían lo difícil que resultaba hacer desaparecer un cadáver, intentaban engañar a la Policía. Joshua conocía casos en los que el criminal estrangulaba a su víctima y luego colgaba el cuerpo de una cuerda para simular un suicidio; sin embargo, las huellas de ahorcamiento en el cuello diferían de las marcas de los dedos, además, el ahorcado se orinaba y eyaculaba. En otras ocasiones, mataban de un disparo y simulaban el suicidio colocando la pistola en la mano del muerto, sin darse cuenta de que la mano del suicida se agarrota sobre la culata del arma, produciéndose tal contractura que a veces casi era preciso romper los dedos o luxarlos para separar la pistola, mientras que si se colocaba el arma en la mano después de la muerte, se daba una laxitud y relajación de la mano. Pero hoy había cuerpo y delito.

—Como el incendio se pudo atajar pronto, tal vez tengamos suerte con el resto de las habitaciones —dijo Max, sacando a Joshua de sus elucubraciones—. No creo que el culpable pensase en que solo se iba a quemar el salón y quizá no se preocupó de eliminar sus huellas. Ordenaré un registro pormenorizado.

—Me parece una buena idea —corroboró Joshua.

Se llevó una mano a la cabeza. Había sentido un pinchazo muy fuerte en la sien izquierda. Afortunadamente, los «cañonazos» cada vez eran más esporádicos.

—¿Otra vez con los dolores de cabeza?, ¿fuiste al médico?

—*Bai*.

La cara del agente medio vasco medio irlandés indicaba que daba por concluido el interrogatorio.

—¿Sabemos cómo se llamaba? —preguntó Max.

—Iñigo Lezeta —leyó Joshua de un cuaderno de notas—, o al menos eso creemos. Con un fragmento del maxilar inferior o algunos dientes obtendremos la confirmación. Cincuenta y dos años, abogado de profesión, aunque llevaba un par de años sin ejercer. Al parecer vivía solo en este piso de su propiedad. Padres fallecidos, tiene un hermano mayor como familiar más cercano.

—Habrá que avisarlo.

—Ya lo hemos hecho.

Asier sacó una chocolatina del bolsillo. El ruido del envoltorio llamó la atención del inspector y del agente de la Científica.

—¿No estabas a régimen? —preguntó Max.

—Es bueno saltarse las reglas de vez en cuando, ¿no?

Max asintió con la cabeza mientras pensaba en cómo iba a afrontar el nuevo caso sin Erika.

La agente López no se había maquillado ni puesto un ápice de perfume; una camiseta holgada con un dibujo de Mickey Mouse le caía hasta las rodillas. Repasó con las yemas de los dedos los lomos de los libros decimonónicos que adornaban la biblioteca de su *aita*. Se detuvo en un volumen grueso de tapas en cuero rojo, una edición muy cuidada de *El conde de Montecristo*. No se atrevió a moverlo de su lugar de reposo. Lo recordaba con ilustraciones en blanco y negro y unas letras arabescas que parecían la caligrafía de un sultán. Desde su encierro, un trocito de aquella novela permanecería siempre en su interior.

Oyó la voz encolerizada del *aita* a través de la pared. Había ido a la habitación contigua a atender una llamada con el inalámbrico. Se le oía muy enfadado con el interlocutor del otro lado de la línea, este no se avenía a razones ni se plegaba a sus exigencias, y eso era extraño, el *aita* era lo suficientemente poderoso para salirse siempre con la suya. Aunque desde su vuelta estaba más calmado. Ya no parecía importarle que ella no se hiciese cargo del negocio familiar; Lácteos Zurutuza SA tendría que seguir al mando del *aita* unos cuantos años más.

Unas horas antes había estado hablando con la *ama*, y había sido placentero evocar su época de niña, al menos las pocas veces que compartieron tiempo y vivencias. Pero ya no quería mirar atrás, no servía de nada angustiarse con el pasado, no más rencor ni más reproches, su cautiverio, por paradójico que pareciese, los había unido a los tres como familia, como nunca antes lo habían estado. Notó a la *ama* consumida, el cáncer la carcomía por dentro, de momento los médicos no les daban muchas esperanzas. La dejó retirarse a descansar mientras ella contenía las lágrimas. Ahora aguardaba a que el *aita* concluyese la llamada para también irse a dormir. Se alojaba en la habitación donde pasó la adolescencia, ya no quería regresar a la casa de Hendaya, no después de lo que le pasó a Lucía. No, jamás volvería a Villa Zurutuza, cada rincón de aquella casona le recordaba a su novia. No tardaría mucho en volver al trabajo, ella no valía para estar en casa sin hacer nada, y un poco de acción le vendría bien. Tal vez Max protestaría, le diría al comisario que ya no la necesitaba, que trabajaba mejor sin ayudantes, que la enviaran a otro departamento, pero no se lo tendría en cuenta, era algo que él llevaba en los genes.

Aunque todo a su debido tiempo. Al día siguiente visitaría a Nagore. La estudiante tampoco había retomado su rutina, se había tomado un año de vacaciones antes de volver a la universidad; la filosofía podía esperar. Oyó que el *aita* se despedía molesto. No había conseguido su objetivo. Cuando entró en la biblioteca, su padre cambió el semblante y le dedicó su sonrisa más afable. Mostraba un aspecto envidiable. Ni una arruga, ni

una mancha. Olía a colonia cara. Con el pelo blanco, jersey de pico, la camisa de seda y los pantalones chinos le recordó a un hombre que anunciaba detergentes en la tele.

—Ya está, todo bien —dijo.

Al *aita* se le daba estupendamente enmascarar sentimientos. Si hubiese sido un asesino, les habría costado mucho esfuerzo destapar su lado oscuro en los interrogatorios. Era una de esas personas que conseguían todo lo que se proponían en la vida, a veces pronto, otras veces tarde, pero siempre lo lograban.

—Me voy a dormir, estoy cansada. —En un gesto instintivo, hizo ademán de apretarse la coleta; tras el cambio de look en los Maiso, el pelo no le daba para hacerse una.

—Claro, mi amor, descansa.

Su *aita* le dio un beso en la mejilla. Ella se marchó pensando que ojalá pudiese dormir, aunque creía que no, las noches se le hacían interminables: cada vez que cerraba los ojos se veía en un sótano oscuro y lúgubre, atada por una cadena a la pared, así que permanecía tumbada en la cama con los ojos abiertos.

Arrojó el móvil con furia contra el suelo. La batería saltó por los aires. Aquel maldito de Eneko pretendía chantajearle. Había tenido la desfachatez de comunicarle que conocía el ingrediente que faltaba en la tablilla de arcilla para que la pócima del Dragón fuese una realidad sin consecuencias, pero se había negado a decírselo. La alegría por la noticia se había tornado en ira. ¿Quién se creía que era? Tendría que recordarle de dónde procedía su dinero y el imperio lácteo del que tanto se jactaba ante la prensa. No estaba bien que los perros mordiesen la mano que les daba de comer. Necesitaba un castigo. La rabia iba *in crescendo*. Barrió con la mano los objetos que reposaban en la mesilla. Las piezas del ajedrez volaron. Un vaso de porcelana se hizo añicos. El libro del *Tao Te Ching* cayó al suelo. Enseguida el rostro de Sebastián asomó por el marco de la puerta.

—Está todo bien —dijo Xabier mientras cogía el abrigo largo de invierno y la bufanda.

Antes de apartarse para dejarlo pasar, Sebastián lanzó una rápida ojeada a la habitación para asegurarse de que su jefe decía la verdad.

Xabier Andetxaga emergió al exterior y sintió el aire helado en su rostro. El invierno estaba siendo crudo. El aire raspaba las mejillas como una cuchilla. Al respirar por la boca le dolían la garganta y los pulmones. Un plenilunio, ideal para salir a cazar, alumbraba la noche. A lo lejos vio los tejados de San Sebastián moteados de blanco. Por encima de estos brillaban las luces del ayuntamiento y del Palacio Miramar. Seguro que desde el otro lado lo único que destacaba era la luz del faro que alumbraba a sus espaldas el mar encabritado. El hombre del tiempo había anunciado para el día siguiente vientos de más de cien kilómetros por hora, lluvias intensas y riesgo de nevadas en los próximos días. El Gobierno vasco mantenía la alerta roja en toda la costa del Cantábrico. Se tapó la boca con la bufanda; respirar por la nariz era menos doloroso. Caminó con cuidado, lo último que necesitaba era una caída para que su decrepita espalda volviese a molestarle. La escarcha helada colgaba de las ramas de los árboles. Ni un solo animal se movía por la isla a esas horas, se refugiaban del frío en sus guaridas. Resbaló y a punto estuvo de irse al suelo si no se hubiese apoyado en el tronco de un árbol. De pronto la ira que sentía en su interior se convirtió en esperanza. Una sonrisa asomó a su rostro. El torpe de Eneko era incapaz de averiguar el ingrediente secreto. ¿Quién podía haberlo hecho? Solamente se le ocurría una persona: aquella pelandusca, la profesora de Historia con la que el empresario se acostaba. Conseguir el ingrediente iba a ser más fácil de lo que pensaba. Eneko se lo había puesto muy sencillo. Solo tendría que hacer un par de llamadas. Aunque había destrozado el móvil. No pasaba nada. No tenía prisa. Si había esperado tantos años, bien podía esperar un día más. El destino era caprichoso. Rió con ganas. Sus carcajadas se perdieron en la noche helada.

Sábado 11

El sábado no era ni de lejos el día preferido de Max. La comisaría trabajaba a medio gas, la mitad de los agentes tenía fiesta y la otra mitad hacía horas extras, todo se ralentizaba y se complicaba, y los interrogatorios y las pesquisas se suspendían. La Policía y los criminales no descansaban, pero muchas veces se daban una tregua para reanudar la batalla después del fin de semana. El aliciente de aquel sábado era hacer una visita al laboratorio forense, siempre resultaba enriquecedor conversar con los hermanos Galarza. Cuando entró en el laboratorio, los gemelos ya habían comenzado con la autopsia siguiendo su costumbre de no esperarlo.

—*Egun on* —dijo Arkaitz.

Kepa lo saludó apenas con el mentón. Se inclinaba sobre el cuerpo carbonizado de la mesa, enfrascado en una operación más propia de un dentista que de un forense. Daba la sensación de que intentaba sacar algo de la frente del cadáver. Llevaba una bata verde, un gorrito en la cabeza, guantes de látex y mascarilla.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó Max, ahorrándose los saludos protocolarios.

El contraste de la luz de la lámpara cialítica y la piel blanquecina de los hermanos forenses con el cuerpo negruzco de la mesa era evidente.

—Hummm —graznó Kepa por debajo de la mascarilla.

El cuerpo de Íñigo Lezeta estaba colocado de lado, tal como lo habían encontrado en el salón de su casa, y Max se preguntó si se desharía en polvo al darle la vuelta.

—Justo estamos en ello —dijo Arkaitz, que al contrario que su hermano solo llevaba la bata. Se mantenía un poco alejado de la mesa y, por lo visto, ese día no iba a intervenir en la autopsia, que dejaba a su hermano mayor; había nacido cinco minutos antes.

El inspector paseó la mirada por el laboratorio. Los mismos azulejos blancos y relucientes de siempre, en contrapunto con la sangre de los cadáveres; el molesto olor a alcanfor tan característico; la ausencia de ruido exterior, como si estuviesen en una burbuja.

—De acuerdo, espero —dijo Max.

Kepa retiraba con ayuda de unas pinzas una especie de tela adherida a la frente del cuerpo. Parecía que le estaban quitando la piel. Max observó con desagrado la operación. En cambio, Arkaitz acercó con una sonrisa un cuenco metálico a su hermano, en donde este depositó con sumo cuidado la tela.

—¿Qué es eso? —pregunto Max ansioso. Ahora no podía esperar.

—Plástico quemado —afirmó Kepa.

—Algunas tribus indígenas quemaban a personas vivas —dijo Arkaitz—. Aunque no hace falta irse tan lejos, aquí en España la Inquisición quemaba a brujas y herejes en hogueras para sacarles el diablo de dentro.

—¿Plástico?

—Sí, inspector —dijo Kepa—. Y aún hay más.

—Los vikingos, los íberos, las tribus del Norte... incineraban a sus muertos: solo con la instauración del Cristianismo como religión oficial se pasó a enterrarlos, la idea era que estuviesen en contacto directo con la tierra —explicó Arkaitz.

—Los celtas eran bastante pirómanos, ¿no? —dijo Kepa.

Se inclinó nuevamente sobre el cuerpo. Esta vez había elegido unas pinzas más pequeñas y alargadas entre el instrumental

de disección que estaba dispuesto en meticuloso orden sobre la mesa de acero inoxidable situada al lado del cadáver.

–*Bai*. Julio César contaba que cuando un celta de alto rango moría era incinerado y sus esclavos quemados vivos junto a él...

Arkaitz siguió hablando de tribus y ritos ancestrales, fiel a su forma de ser y a su máster en civilizaciones antiguas, casi ajeno al trabajo de su hermano, mientras que Max seguía con sus ojos el recorrido de las pinzas que Kepa sostenía entre los dedos e interiormente hacía fuerza con la mirada para que pudiesen sacar de la frente aquello que solo el médico forense veía.

–... y los druidas dedicaban sacrificios humanos a Taranis, el dios del Trueno, para calmar su ira; en ocasiones se trataba de prisioneros de guerra, que quemaban en jaulas de madera –concluyó Arkaitz, y se calló al ver que su hermano extraía una pequeña aguja de la frente del cadáver.

–¡Eureka! –exclamó Kepa feliz.

La aguja soltó un chasquido seco al liberarse de las pinzas y chocar contra otro cuenco metálico que Arkaitz había acercado a su hermano.

–¿Qué cojones...? –fue lo único que pudo decir Max.

–Una aguja hipodérmica –aseguró Arkaitz sin apartar la vista del cuenco.

–¿Y? –preguntó el inspector.

–¿Recuerdas el cadáver de hace un mes?, ¿el dentista? –dijo Kepa.

Como siempre, los hermanos Galarza se turnaban para hablar.

–Sí –afirmó Max.

–Pues eso –dijo Arkaitz.

–Mismo *modus operandi* –aseguró Kepa.

–El dentista tenía una jeringuilla clavada en la frente –dijo Arkaitz–. Tendremos que enviar a Madrid muestras de corazón e hígado, y de sangre para análisis farmacológicos. Hay dos opciones: anestesiado con una dosis tan elevada como para tumbar a un caballo, o superior a la efectiva para producir solo parálisis.

—O sea que el sujeto ya estaba muerto en el momento del incendio.

—Es una posibilidad —corroboró Kepa—. Hasta que no recibamos los resultados de Madrid no lo sabremos.

Max intentó poner en orden sus ideas. El caso del dentista aún permanecía abierto, pero sin sospechosos ni pistas. Se había preguntado muchas veces qué significaba aquella palabra escrita en el foco: *reconocer*. ¿Reconocer?, ¿a quién?, ¿al dentista?, ¿al propio asesino? Ahora el criminal había vuelto a actuar. Tendrían que volver a registrar el piso del abogado. Sus agentes no habían encontrado ningún mensaje, pero si el *modus operandi* se repetía, debía de existir uno escondido en algún sitio. Puede que tuviera entre manos un caso de asesino en serie, y estos no paraban de matar hasta que eran capturados, vivos o muertos. No se presentaba bien el año, no.

Cristina apartó el edredón y bajó los pies al suelo. Todo el día en la cama y seguía sintiéndose cansada. Pero cualquiera salía a la calle con el frío que hacía. No nevaba, pero las placas de hielo se adherían a las aceras peligrosamente; a través de la ventana, había visto caerse a no pocos transeúntes. Se dirigió al baño. Se subió a la báscula y comprobó con pesar que había engordado cuatrocientos gramos desde la última vez. Y no todos se los llevaba el bebé, la mayoría se los quedaba ella. A ver cómo conseguía desprenderse de los kilos después del parto. Tendría que tomarse en serio lo del peso cuando Damián naciese.

Se vistió con el albornoz que colgaba de una percha y fue a la cocina. Eludió mirarse al espejo. Se veía gorda y fea. No hacía el amor con Max desde hacía meses, ni le apetecía, solo quería tumbarse en la cama y ver la televisión, algo que él no soportaba. Por lo menos no podían decirle que no hacía caso al ginecólogo y no descansaba. Llevaba dos meses de baja. En la cocina, puso a calentar la cafetera de acero que había dejado preparada por la noche. Max le había contagiado su pasión por el café hasta tal

punto que necesitaba uno para ponerse en marcha. Cuando la cafetera empezaba a despedir un delicioso aroma a café recién hecho sonó el timbre de la puerta. Lanzó una maldición mientras se preguntaba quién sería a aquellas horas de la tarde. Estaba hecha un desastre y no pensaba abrir. Se acercó de puntillas a la puerta. Miró por la mirilla.

—Mierda —susurró. Abrió al tiempo que intentaba peinarse un poco con las manos.

—*Kaixo, ama.*

—*Kaixo, hija.*

Si su madre se sorprendió de su aspecto tan descuidado lo escondió muy bien porque le dio un beso en la mejilla y entró en el piso sin decir nada. Cristina no captó ningún reproche en su mirada y la siguió por el pasillo hasta la cocina.

—¿Podrías servirme una taza de ese café que huele tan bien?

—¿Eh? Sí, ahora mismo.

Puso los ojos en blanco y preparó dos tazas; para ella, solo, para su madre, con un chorrito de leche. ¿Qué querría? No tenía ganas de discutir otra vez con ella. Ahora que había dejado de molestarla con el tema de la boda —ya se había hecho a la idea de que iba a ser una madre soltera—, ¿qué nuevo asunto se le había ocurrido para incordiarla?

—¿Cómo lo llevas? —preguntó su madre. No se había quitado el abrigo y, a pesar de llevar guantes, se frotaba las manos para mitigar el frío.

—Te puedes imaginar...

—Ya.

Aguardó a que se decidiese. Un sorbo del café humeante hizo la espera más agradable. Damián iba a ser un cafetero empedernido.

—Te he traído un regalo. —Su madre dejó una bolsa sobre la mesa—. Todo lo que el ginecólogo os habrá pedido para el parto. No creo que haya cambiado mucho desde mi época. Un gorro, unos patucos, un pijama, una manta...

—*Ezkerrik asko.*

Abrió la bolsa. La pequeña ropita azulada la enterneció.

Tras un rato en silencio, su madre se decidió a atacar. No había probado el café.

—Ya he aceptado que no vais a casaros, al menos antes de que nazca Damián. —Apretó los dientes—. Pero me pregunto si...

Se quitó los guantes y los dejó al lado de la taza. Comenzó a desabrocharse el abrigo mientras miraba a su hija como pidiendo su aprobación para poder continuar hablando.

—¿Qué, *ama*?, ¿qué te preguntas?

—Si también vais a vivir separados.

Cristina ya se había acabado el café, así que se levantó a por otro. Con la taza otra vez llena, se sentó frente a su madre.

Ambas bebieron en silencio.

—No es buena tanta cafeína en tu estado.

—Es descafeinado —dijo—. Y no, *ama*, no hemos pensado en nada que no tenga que ver con Damián y su nacimiento...

—Lo digo por el bien de tu hijo, los niños deben crecer en un hogar con padre, siempre se necesita la autoridad paterna.

—Como papá.

Aquello pilló desprevenida a su madre. Cristina nunca nombraba a su padre. Las abandonó a las dos y para ella estaba más que muerto, y si aún vivía ya podía pudrirse en el infierno.

—Eres imposible.

Tras un par de minutos de tensión, su madre volvió a tomar la palabra.

—¿Has pensado en Imanol?

—¿En qué?

—¿No piensas decirle que vas a ser mamá?

—Pues claro que no. Además no sé ni dónde está ni ganas que tengo de saberlo.

Hacía mucho que no pensaba en su ex. Y cuando lo hacía nunca era para bien. Aunque algo cambió en su interior desde que fue secuestrada y viajó encerrada en el maletero de un coche. Ya no se le ponía la carne de gallina cuando pensaba en él. Pero no debía bajar la guardia; las palizas, los años de vejaciones, las violaciones sistemáticas, todo era muy difícil de olvidar. Lo

último que supo de él es que pidió su traslado en Correos a Galdakao. Su madre seguía sin enterarse: tenía una orden de alejamiento. Y si se atrevía a acercarse a ella no se echaría atrás y acabaría lo empezado, le clavaría un cuchillo en lo más hondo de su corrompido corazón. Se podía pudrir también en el infierno junto a su padre, harían una pareja perfecta, seguro que congeniaban.

—Entonces, ¿vivirás sola con el bebé? Los recién nacidos necesitan mucha atención.

Cristina permaneció con el rostro inalterable. No necesitaba la ayuda de nadie, pero debía andarse con cuidado, intuía que navegaba por aguas pantanosas. Nada más lejos de sus pensamientos que su madre ocupase el puesto de Max. Qué espanto.

—No lo hemos hablado. Max se encuentra muy a gusto en el *loft*, y suele recibir llamadas de madrugada, no tiene horarios, así que me imagino que no es tan dramático que no viva conmigo, al menos por el momento.

—Las parejas deben conocerse, ver lo bueno y lo malo del otro, comprobar si se aguantan, y para eso hay que convivir.

—Max y yo estamos hechos el uno para el otro.

Su madre soltó una extraña risita que indicaba que no estaba de acuerdo.

—¿Necesitas algo?, ¿que te compre comida?

Se fijó en los ojos de su madre, ligeramente vidriosos, síntoma de unas incipientes cataratas.

—No, tengo el frigorífico lleno. ¿No quieres otro café? Ese se te habrá enfriado.

Su madre miró la taza y negó con la cabeza.

—Ya me voy, tengo que pasarme por el mercado a comprar algo de fruta antes de que cierren.

La excusa no podía ser más patética, pero les sirvió a ambas para despedirse sin sobresaltos.

Imanol Olaizola se revolvía inquieto en el asiento. Aquellos autocares eran sumamente incómodos y, a pesar de que nadie

viajaba a su lado y de disponer de dos asientos para él, no podía conciliar el sueño. El trayecto desde La Coruña era largo, por eso había optado por viajar de noche. Menos viajeros, menos molestias, viaje más llevadero. El autocar había estado a punto de no partir, las carreteras estaban heladas y se esperaban nevadas en las próximas horas en toda la costa cantábrica.

Por fin dejaba Galicia. Si no hubiera sido por Nekane, no habría soportado ni un solo día en la capital coruñesa. La comida no era tan buena como la vasca y no había hecho amigos ni había integrado sus costumbres. El trabajo en Correos era pesado y monótono, y los compañeros cerrados y difíciles de tratar. No, el traslado de Galdakao a La Coruña tampoco había sido afortunado. En Galdakao no se había acoplado a sus nuevos compañeros y sus vidas rutinarias, no soportaba sus voces melosas en las reuniones, sus historias de fines de semana con la familia, contando cómo crecían sus niños; por eso solicitó el traslado. En La Coruña lo único positivo es que conoció a Nekane, que le hizo la vida un poco más agradable. Pero solo un poco. En cierta manera, se parecía a Cristina, aunque ciertamente seguía echando de menos a su ex. Nunca la había olvidado. Seguro que ella tampoco le había olvidado a él. Cuando estaban juntos siempre se quejaba, pero en el fondo ella le quería, siempre le había querido y le seguiría queriendo. Con su vuelta tendría que perdonarle la orden de alejamiento que interpuso contra él, sin duda influenciada por su madre. Las madres eran protectoras a más no poder, sobre todo en el caso de las hijas. Pero él solo quería su bien. Volvía a San Sebastián para recuperar el tiempo perdido. Le daba pena por Nekane. Seguro que lo echaría de menos. Había intentado explicarle por qué abandonaba Galicia. No había mencionado a Cristina, por supuesto, a las mujeres no se las podía dejar por otras, se sentían menospreciadas y se volvían locas. Le había dicho que ya no sentía nada por ella, le juró que no había nadie más, que quería regresar a San Sebastián, retomar su antigua vida, pero ella no se avenía a razones ni con mentiras. Las mujeres eran muy astutas, tal vez se oliese la verdad. Según ella, él era todo lo que tenía en este mundo. Se

había quedado huérfana siendo muy niña, y se fue huyendo del País Vasco, como él, para acabar trabajando de panadera en un centro comercial. Dos vidas errantes y rotas que se habían encontrado en La Coruña. Dos seres que se habían consolado. Sin embargo, él había dejado una vida atrás de la que no podía escapar. Lo había comprendido a tiempo. Aún no era tarde para recuperar a Cristina. ¿Qué eran cuatro años? Nada, apenas una anécdota en toda una vida. Sí, recuperaría el tiempo perdido. Hasta, quién sabe, igual le daba por ser papá: le apetecía tener una criaturita, un niño, claro, las niñas eran quejicas y molestas, mejor un varón a quien transmitir su sabiduría. Cristina estaría de acuerdo, en el fondo era una madraza. Y si no quería, ya entraría en razón. Al final entendería que lo hacía por su bien. Como Nekane lo entendió a la primera. Le daba lástima dejarla así, huir de noche como un criminal. Había pedido un año de excedencia en Correos y ya hacía una semana que no aparecía por el trabajo, el tiempo que había tardado en preparar el viaje. No es que tuviese muchas cosas que preparar, ni llevaba mucho equipaje, pero era un placer realizar los preparativos tranquilamente, acomodar las cosas con mimo mientras planificaba el futuro. Se imaginaba en una casa grande con jardín y dos coches en el garaje y tres o cuatro niños correteando por el pasillo, y a Cristina llamándolos para comer y él sonriendo en su despacho mientras se deleitaba escuchando una ópera. Por eso mintió a Nekane, ni en mil noches de sueños se imaginaba una vida así con ella, y mientras ella pensaba que él pasaba las horas en la oficina de Correos, preparaba el viaje, aunque la verdad es que hubo días en que consumía las horas detrás de la barra de un bar bebiendo vino y cerveza, le hacía olvidar por momentos los malos recuerdos. No era un alcohólico, él no era de esos, pero sí era cierto que la bebida cada vez le hacía sentir mejor, pletórico, con ganas de comerse el mundo. El récord lo tenía en cuatro cervezas y dos botellas de vino; no recordaba mucho de esa noche, cómo llegó a casa era una nebulosa que empañaba su mente. Sí recordaba que se despertó en el suelo de la cocina a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza. Tenía las

manos llenas de sangre, pero por fortuna no era suya. Nekane no fue a trabajar ese día al centro comercial: dijo que había sufrido un accidente al resbalarse en la bañera.

Intentó cuadrar las rodillas por debajo de la bandeja de los asientos, no había quien durmiese en un autocar tan incómodo; además, el ronroneo del motor unido a los ronquidos de un pasajero dos filas atrás no le dejaban conciliar el sueño. ¿Y si se levantaba y le apretaba la boca con las dos manos hasta hacerlo callar? La idea le resultaba atractiva, siempre tenía inclinaciones parecidas aunque al final no llevaba ninguna a cabo. Unos pocos viajeros dormitaban en la penumbra. Se acopló los cascos a las orejas. Escuchar música lo relajaba y le hacía olvidar pensamientos funestos. Fue un compañero de Correos quien lo aficionó a la música lírica italiana mientras distribuía las cartas por código postal en las bolsas de reparto. Puso en marcha el mp3. Emergió a todo volumen *Regresa a mí* interpretada por Il Divo:

*Regresa a mí,
quíereme otra vez,
borra el dolor que al irte me dio cuando te separaste de mí,
dime que sí,
yo no quiero llorar,
regresa a mí...*

Seguramente la música estaba muy alta y molestase a algún viajero, pero cerró los ojos y se olvidó del mundo exterior. Que se jodiesen.

*Extraño el amor que se fue,
extraño la dicha también,
quiero que vuelvas a mí
y me vuelvas a querer.
No puedo más si tú no estás,
tienes que llegar,
mi vida se apaga sin ti a mi lado...*

Tenía claro que no debía desviarse del verdadero objetivo del viaje. *Quiéreme otra vez*. Recuperar a Cristina. *Regresa a mí*. Sin duda lo acogería entre sus brazos en cuanto lo viese. *Dime que sí*. Quizá al principio dudase, incluso no lo reconociese –se había dejado barba, una media melena le llegaba hasta los hombros y había quemado en el gimnasio los kilos que le sobraban–, pero al final acabaría en sus brazos. Sin duda. Libre o por la fuerza. *Mi vida se apaga sin ti a mi lado*.